

Discurso inaugural del Fomento de la Producción Española ⁽¹⁾

EXCMO. SR. :

Respetable Concurso:

Si nunca solicité distinciones, nunca, en cambio, rehí la aceptación de aquellas que me salieron al encuentro con el carácter de perentorio compromiso. Por tal tengo mi promoción á esta presidencia; por esto la acepto sin escrúpulos ni vacilaciones, aunque apresurándome, sí, á poner por árbitros de mi proceder en este paso á cuantos con su atención me están honrando.

No hay para qué decir, dirigiéndome á tan ilustradas personas, que pues hoy la ciencia llama productor á todo el que vive de ocupación honesta, expedito tiene un médico el libre acceso á la presidencia de una Asociación de productores, por serlo él igualmente; mas cuando á ese médico se le llama y, sacándole del sistemático absoluto retraimiento en que vive, se le recuerda que él es el autor de la doctrina económica que el primitivo *Fomento de la Producción Nacional*, recién nacido aún, se apresuró á prohiar, difundir y sostener, por haberla hallado rigurosamente científica é ingenuamente nacional (2) y que, en consecuencia, interrumpidas hoy las tradiciones de observancia de aquella doctrina, y envuelta de súbito la Asociación por el huracán del egoísmo, todos los elementos conservadores del antiguo *Fomento*, constituidos en nueva Asociación, habían acordado elevarle á la presidencia á él, á ese médico, en tanto que expositor de los amenazados principios, ya para él la cuestión no es puramente de dere-

(1) Pronunciado por su Presidente en la sesión del día 11 de Junio de 1876.

(2) Ensayo teórico-práctico sobre los medios de mejorar la situación económica de España, habida razón de los principios de ciencia, los fundamentos del derecho, las condiciones del suelo y el carácter nacional.

cho, sino de compromiso; ya ese médico deja de ser el simple socio que así puede aceptar como declinar la distinción con que se le honra; ya ese médico queda reducido á la terminante alternativa de optar entre la innoble comodidad de la cobardía y la honrosa molestia de marchar, á todo evento, por el camino del deber. He aquí, señores, los móviles de mi conducta en el presente caso; el país, en su definitiva imparcialidad, los juzgará; sobre este punto no me queda que hacer más que completar el pensamiento inicial de este discurso. Nunca solicité distinciones, nunca; ni tampoco las acepté, con todo y salirme al paso, cuando solo me ofrecieron pasto á la vanagloria.

El desahogo que experimento, una vez hecha esta declaración, me advierte que no habrá sido del todo inoportuna; así, desde luego entro en materia, desposeído ya mi espíritu de todo carácter individual, y transfundido por completo en el de la Asociación que he sido llamado á representar y de quien no he de ser más, en el transcurso de mi peroración, que el pasivo instrumento de que se sirve para expresar las ideas que profesa, las afecciones que siente y los propósitos que abriga.

El tema de mi discurso viene obligado por la naturaleza misma de esta solemnidad. Nos hemos reunido para celebrar la inauguración del Fomento de la Producción Española, y en este acto, que constituye la inscripción de la naciente Sociedad en el Registro civil, debo atenerme á consignar la filiación, la naturaleza y el destino del recién nacido.

Empecemos, pues, esta consignación:

¿Qué es por su origen el Fomento de la Producción Española?

—Es hijo, ó mejor dicho, es la continuación, por *identidad*, del primitivo *Fomento de la Producción Nacional*. Con nosotros están su idea, sus tendencias, sus prácticas, el más caracterizado personal que le dió ser é impulso, y hasta sus socios de mérito seguir quisieron nuestra suerte. Ciertó que en esta excisión nosotros representamos la rama menor, la que ha abandonado la casa paterna; segundones parecemos, que no mayorazgos; mas, aun así y todo, no se olvide que á menudo los hijos *externos* son, no los *hereus*, los que mantienen el honor y acrecientan el poder y la gloria de una estirpe. Sin embargo, mayorazgos debemos de ser cuando con nosotros llevamos la *idea*, que es el vínculo de las instituciones; la idea, que es para nosotros lo que para Jacob la bendición de Isaac.

Pero, y el primitivo *Fomento de la Producción Nacional*, ¿de dónde nació?

—Nació de la Revolución de Septiembre.—¿De la Revolución de Septiembre?—Sí.—Pues entonces, muy discutible será la bondad del hijo, cuando tan discutida ha sido y es la bondad de su madre. Fútil reparo es éste para detener la marcha de un espíritu imparcial y sereno, y aquí reclamo los derechos del anacoreta político; los derechos del que, apartado á gran distancia de los focos de ignición de los partidos, ni tiene por qué ser apasionado, ni tiene para qué ser retenido en declarar lo que de lejos y friamente ha visto ser verdad, los derechos, en fin, á hablar claro y á merecer consideración y no vituperio por ello.

Gloriosa llaman unos á la Revolución de Septiembre; infausta otros; calificaciones sentimentales son éstas, no juicios dictados por el puro entendimiento; bien puede la Revolución de Septiembre exclamar, plagiando á Martínez de la Rosa: *Ni lo uno ni lo otro merecía*. Ante el juicio, ningún acontecimiento histórico es infausto ni glorioso, sino que es lo que es, una sola é inamovible esencia, y diga el corazón lo que quiera; la Revolución de Septiembre fué pura y simplemente la BANCARROTA DE LA DESIDIA ESPAÑOLA.

Á cumplida demostración obliga una definición tan fría, terminante, áspera é insólita; lo sé, lo sé y confío darla tal que á todos satisfaga, pues pienso apoyarme, no en razones de aquellas que, aunque positivas, son de suyo vagas y no convencen más que á quien de antemano tiene disposición á aceptarlas, sino en pruebas concretas, tomadas del modo de ser histórico de nuestra legislación y administración, dado que con mucha verdad se le puede á cualquiera nación decir: *Muéstrame tus leyes, y dírete quién eres*. Voy, pues, á trazar á grandes rasgos la HISTORIA DEL FOMENTO OFICIAL DE LA DESIDIA ESPAÑOLA; mas, ante todo, fijemos los términos capitales del tema.

Desidia dije, no *pereza*; español soy; conozco bien á los míos. Nunca en España ha faltado la actividad; hay más; ningún país meridional es perezoso; la indolencia que á las veces ofrecemos, es como el sosiego exterior de un volcán; es la costra inerte y fría que encubre un cráter de actividad moral en incandescencia. Perezoso es aquel que aborrece la actividad, porque es actividad, de ahí que la pereza sea de ordinario expresión de invalidez producida por enfermedad ó por miseria, mientras que desidioso es aquel que se niega á aplicar su actividad á lo útil y á lo debido, para consagrarla toda entera á lo grato. Por donde algo de razón tuvo el escritor francés, que dijo que los españoles no habíamos producido más que un libro, que era aquel en el cual nos habíamos retratado á nosotros mismos y, en efecto; architipo de desidiosos fué el hidalgo manchego, modelo de activi-

dad al servicio de sus devaneos, á un tiempo que de desidia en el cuidado de su salud y su hacienda.

Lejos de mí, por otra parte, la obcecación de suponer que los españoles no hemos trabajado nunca; pues qué, entonces, ¿de qué hubiéramos comido? Mas nadie me negará que, del hecho de haber los españoles trabajado, al hecho de haber sido España productora, media igual enormidad de distancia, que de tener buena letra á ser buen escritor. Un país no es productor por solo mover los brazos; un país no es productor, mientras en él no marchan al compás tres distintas lanzaderas: la que la diestra mano traquetea, tramando urdimbre; la que el ingenio remueve, tramando útiles proyectos, y la que el corazón agita, tramando nobles aplicaciones. Y ahora, yo pregunto: ¿cuándo ha puesto nuestro país el talento y el corazón al servicio de la producción económica? Si exceptuamos las bellas letras y las nobles artes, en las que sin medida pudimos espontáneamente brillar y brillamos, porque de poetas y artistas es trabajar cuando, como y en lo que place, adunando lo útil con lo grato y conciliando la obligación con el gusto, el provecho con el antojo, la gloria con la indolencia, ¿en qué, sino en calaveradas y aventuras, sublimes, no pocas, sí, pero calaveradas y aventuras al fin; en qué, sino en esto, digo, se han empleado en España el corazón y el ingenio? ¿Qué hemos hecho en ciencias de observación, qué en las exactas, capaz de meter ruido ó de marcar á la humanidad nuevos rumbos? ¿Qué, sino perdidas llamaradas de preciosa y nítida intuición, muerta en flor por la desidia en proseguir la investigación seria y paciente, y ocasionada al ridículo cuando más tarde ha querido reivindicar ante Europa sus derechos de prioridad?

¿Pudo contribuir á algo más que al fomento legal de nuestra natural desidia, la antigua nobleza hispánica, constituida, con asentimiento del Poder, en clase esencialmente consumidora, en virtud del censo enfiteutico; de ese contrato que, abandonando al pechero el cultivo del campo, reservó al propietario el señorío y la renta limpia y segura á todo evento, es decir, título y rédito de la propiedad, limpios del sudor del trabajo y libres de las inclemencias del tiempo? ¿Pudo mejorar de condición la aristocracia, contribuyendo al fomento de la producción española, después de la irrupción de los bárbaros, habiendo éstos adoptado con fruición, malgrado su genial actividad y su espíritu individualista, el censo romano, tal y como le hallaron instituido, y sancionando con ello el vicio económico de los antiguos señoríos? ¿Á qué, pues, ha debido dedicarse nuestra aristocracia, desmoralizada y ociosa, más que á calaveradas feudales, á pa-

laciegas intrigas y á cuanto de más contrario imaginarse pueda al fomento de la patria producción? El mal que el imperio romano ideó, por ser quien era y por conveniencia de momento, lo adoptaron los bárbaros por la novedad del estímulo de nuestro seductor clima, el cual invita al goce y retrae del trabajo más aún á las naturalezas septentrionales que á las nuestras propias; verdad psicológica á todas horas comprobable y cuya observación me obligó un día á exclamar, hallándome en la sin par Sevilla: «¡No hay jitano peor que un inglés en el barrio de Triana!» Ello es que ni en la época romana, ni en la goda, ni en la de la reconquista se acertó á ver que entre arar y holgar hay muchos términos medios, y que por éstos el pensamiento, organizando el trabajo, fecundiza la producción; siendo esta fecundación, y no el holgar ni el arar, la función propia, así del gran señor como del mediano y del pequeño.

Y después de la invasión sarracena, cuando con la reconquista iba formándose el tipo del menestral acaudalado, ¿qué sucedió? Que la prodigalidad real menoscabó la majestad del reino y sus fuerzas. Ahí están las donaciones enriqueñas para dejarme verdadero. Entonces ya la Corona, pródiga de lo suyo y codiciosa de lo ajeno, olvidadiza de las mercedes que hacía, pero muy atenta á los servicios de los vasallos, que solía pagar con más presteza que prudencia, se daba á pedir prestado, cuando no usurpaba, so color de no cejar en el empeño de la reconquista; creando una renta consolidada que distraía legalmente de la producción los caudales de las clases medias. Obtener del rey, á cambio de la prestación de servicios transitorios, una renta perpetua, era instituir un negocio por extremo apetitoso; pues reunía en sí la perpetuidad del censal, el alto premio del censo y la comodidad de no mortificar el cacumen para fecundar el capital. Así acabó ello, muriendo esa deuda consolidada, creada por D. Enrique, á mano airada de los Reyes Católicos, por medio de un corte de cuentas que deja atrás, muy atrás, pero mucho, al propuesto por nuestro actual Ministro de Hacienda. «¿Nós pagar pensiones, cuando teniendo á los moros acorralados nos vemos sin un maravedí en nuestras arcas?»—exclamaron los piadosos Reyes.—«¿Nós pagar premio por unos servicios usurarios, cien veces recompensados ya y de cuya prestación ni memoria queda? ¡Oro! ¡oro! ¡oro y más oro es lo que hemos menester para la redención de la patria y la exaltación de la santa Fe!...» y á estas voces aparecióseles el inmortal Genovés ofreciéndoles los vírgenes tesoros de medio mundo. Si esta aparición fué providencial, casi uno llega á creer posible en la providencia la ironía, porque á una nación que tales muestras daba de propensión á

eludir el trabajo en la obtención de la riqueza, brindarle la natural riqueza de todo un hemisferio, era decirle á buenas: «Toma, á ver si de una vez apagas la sed de tu desidiosa codicia.» Mas no fué así. Pasados los primeros momentos, satisfecho el afán batallador, heroico, de los grandes genios y el menos sublime de los adocenados aventureros y de la alta crápula de Indias, la masa del país buscó un modo hábil de explotar las Américas por un procedimiento tan cómodo como ingenioso, y fué chupar del seno mismo del Estado, de esa leona de mil y una ubres, la substancia del nuevo mundo, con lo cual, en lugar de irse el desidioso á desafiar el rigor de las colonias, lograba que de éstas le llegase consignada aquí la renta. Así nació en España la empleomanía, ó sea, la pasión por un contrato singularísimo, *de la especie de los censos enfiteúticos*, en cuya virtud el individuo se censa á sí mismo, se cobra la renta y suprime el cultivo y el colono, ó, en otros términos, se da en arriendo perpetuo por la máxima pensión posible en cambio del menor y más ruin servicio imaginable; constituyendo cláusula muy capital de ese estrafalario contrato la obligación en que el Estado queda, caso de rescindirle, de continuar perpetuamente dando la mitad ó el tercio de la pensión, aunque la rescisión sea con frecuencia provocada por el empleo mismo, so pretexto de motivos políticos, y aunque solo haya servido su empleo por breve espacio de tiempo. Así medraba, y medra aún, la desidia disfrazada de afán de servir al rey, en lamentable competencia con la abnegación del empleado activo, ilustrado y probo.

No faltará quien diga que el mal de la empleomanía no está en la ley sino en las tendencias y los hábitos del país; mas á esto responderé que realmente este mal es de índole administrativa, pues no consiste en que la desidia pida empleos, sino en que la administración los adjudique sin garantías para sí y para el país mismo. Si los que están arriba se hacen llamar «Excelencia», bueno es que por esa misma excelencia se les atribuya mayor grado de responsabilidad.

Un empleo en Indias, un destino en Palacio, una colocación, un sueldo, una renta, en fin, extraída indirectamente de las colonias y directamente de las arcas del Estado, he aquí lo que formó desde entonces el ideal de las imaginaciones más vivas, de los talentos más claros, de la juventud más florida y de buen tono; he aquí lo que forma aún el ideal de un gran número de españoles, por no decir de los más de ellos.

Bajo el influjo de esa carcoma oficial de la empleomanía, madre de toda crápula y de todo desacierto en las esferas de la política y la administración, fué consumiendo España dos imperios, el de la hon-

ra, que brillaba en Europa, y el del provecho, que yacía en América. Así fué la estirpe de Felipe el Hermoso enflaqueciendo hasta degenerar en línea y desaparecer como cuadro disolvente en Carlos II; cual si lo propio el rostro que el alma de los sucesivos monarcas fuese marcando el progresivo marasmo nacional, viniendo á heredar el trono vacante la familia de Borbón y con ella las doctrinas económicas francesas en aquella sazón nacientes. No es esta la oportunidad de discutir si es bueno ó malo en principio el que un Estado tenga deuda; por más que cualquier ignorante sensato nos sacaría del paso con decir que en principio es preferible á tener deudas estar en paz con todo el mundo, y que el deber no es un bien sino cuando es reproductivo. Para el presente caso nos bastará reconocer, por evidencia inmediata, que es un gran mal en todo lugar y tiempo tener deudas y contraerlas nuevas por motivos antieconómicos, es decir, para pagar intereses de créditos desacreditados ya por falta de hábitos de producción. Tal fué la dirección que en nuestro país tomaron las ideas de Colbert y las prácticas de Law, al restablecer con carácter definitivo, autorizado por la ciencia, la antigua forma de fomento oficial de la desidia por la Deuda del Estado.

Desde aquella época la decadencia económica de España entró de lleno en las leyes de la gravedad; desde entonces se la vió precipitarse como el cuadrado de los tiempos empleados. La empleomanía, con su obligado cortejo de inmoralidad y despilfarro, consumía la mayor parte de los empréstitos, el resto de ellos lo concluían los cotidianos reveses que en Europa y en América sufríamos. La influencia de los enciclopedistas franceses, en virtud de aquel aforismo que dice: «todo lo que es recibido, lo es según la naturaleza del receptor», *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, hubo de causar y causó estrago; soltando el freno único de que España disponía contra el sensualismo de sus hijos, y, por lo tanto, contra el afán del consumo con detrimento de la vocación productora, ya débil de suyo; cada día nuevas congojas financieras; las tierras en gran parte amortizadas; el Tesoro en manos de los empleados y del ejército; la aristocracia comiéndose el porvenir, y otra vez una quiebra de Estado, la de los célebres títulos denominados Vales Reales, viniendo á repetir la demostración de que un país no puede por mucho tiempo ser usurero de sí mismo; pero inútil demostración, porque pronto volvió el Estado á ofrecer, con nuevos empréstitos, motivos nuevos de usura y nuevo fomento oficial á la desidia, tanto más cuanto que á cada nuevo empréstito la ficción de entrega del capital era mayor, mayor la depreciación en la cotización del signo y más escandaloso,

por lo tanto, el interés por el concepto de usura. Y tras el terremoto de noble patriotismo que, esparciendo en astillas el *trono* del Gran Corso, salvó nuestra independencia (que en estas virtudes patrias sí que hemos sido un pueblo sin rival), vino la guerra civil á llamar á los hombres de corazón y de genio á nuevas ruinosas aventuras, y luego una desamortización sanguinaria en su preámbulo, atropellada en su forma y falseada en el fondo, llamó á la propiedad territorial á muchos acaudalados fundadores de la política de industria. Del Parlamento á la Bolsa, de la Bolsa al Parlamento, establecieron-se incesantes corrientes del más inmundo negociar, y del pecho de la agonizante Política fué extraído cautelosamente el corazón y puesto en su lugar un talego. Á esta legión de males incorporóse luego la plaga de las Sociedades anónimas, de esas instituciones que, con ser aceptables en principio, convirtieronse aquí prácticamente en bombas aspirantes de los pequeños capitales, para quienes había llegado, gracias á la difusión de relajantes principios, la hora del desenfreno en la demanda de inconsiderado interés. Ya no bastaba la usura sobre el Estado; era menester el ciento y el doscientos por ciento de la imposición, y entre minas, vías públicas, cajas y bancos de todo linaje, se dió el repugnante espectáculo de ver á algunos bribones de superior talento dedicarse á robar á los ilusos con toda tranquilidad, bajo la fe y el manto de una docena de personas de las de más representación y arraigo, puestas al frente de la empresa con el carácter de consejeros de vigilancia. Y como sea ley del humano destino que en cuanto á uno le van mal algunas capitales cosas, como si su ejemplo desmoralizase á las demás, le van mal todas, cometióse por aquel tiempo una torpeza que no tuvo perdón de Dios y arrambló con lo poco que en pie quedaba. Un Ministro de Doña Isabel II, es decir, un miembro de un Gobierno monárquico, católico, nacional, prendado de la notable capacidad de un joven muy pensador y muy docto, juzgó oportuno pensionarle para que fuera á estudiar en la misma Alemania aquella filosofía que más pronta y fácilmente derribase el trono, desterrase el catolicismo y pusiese á la nación en grave riesgo de perder su independencia. Aparte de lo absurdo que es pensionar á un filósofo para que vaya al extranjero en busca de nuevas doctrinas, cual si estuviésemos en los tiempos de Pitágoras, ó fuese la filosofía algún inmóvil museo, ó no recibiese mensualmente el Sr. Bailly-Bailliere de Madrid su cajón de novedades científicas, hubo en el fondo de esa insigne tontería un no se qué de anticipado prestigio en favor de la novedad que nuestro pensionado compatriota iba á traer, y así fué que, á las primeras revelacio-

nes que éste á su vuelta hizo de la doctrina que más había llenado sus aspiraciones especulativas, apoderóse de la vaciedad de nuestros estériles políticos la nueva jerga *panenteísta*, hasta tal punto que todos, medianías y eminencias, se dieron á hablar, sin distinción de partidos, el mismo estereotipado lenguaje; produciéndose una verdadera Babel de cuya confusión bien pocos se libraron. Por mi parte uno solo recuerdo; uno que ya descansa en paz y que, con haber sido toda su vida gran tribuno, supo asimismo conservar hasta su muerte, como pensador, así en su conversación y en su correspondencia privada, como en sus discursos, el carácter propio de sus tendencias políticas en todo cuanto decía, porque sabía bien lo que pensaba.

Aparte de ese insigne tribuno, y de otras pocas gloriosas excepciones, no había personalidad política que resistiese un serio examen. Un mismo hombre, por ejemplo, se presentaba á la vez ateo, monárquico y libre-cambista, lo cual en estado de culta razón es imposible, y así se daba el caso de las más abigarradas combinaciones; por manera que los demócratas primitivos, que profesaban cuerpo de doctrina, fueron adquiriendo prestigio en la opinión pública, porque aunque no decían muy buenas cosas, sabían lo que se decían y además robustecían su prestigio con el tributo que á su liberalismo caótico pagaban, con el fraseo krausista, los inconscientes conservadores. Producida la Babel en la tribuna, en la prensa y en el libro, tras un *ideal de negaciones*, se hizo el vacío en las más fundamentales instituciones de Estado y, mientras por un lado la teoría del derecho, falseada, emborrachaba al pueblo haciéndole olvidar el deber, el libre-cambio, hijo del mismo ideal de negaciones, fascinaba á las clases acomodadas, pintándoles las delicias del barato consumo y haciéndoles olvidar los trámites morales y políticos del legítimo enriquecimiento de las naciones: todo en honor y dirigido al rápido fomento de la común desidia. La hora de la bancarrota iba á sonar: sin ideas, sin principios, sin lenguaje, sin pudor, sin corazón, sin hacienda, retraída con artificio de la lucha política la mitad de las hordas de partido, entró el pánico en las regiones del poder y en el ánimo de la nación el presentimiento de un próximo cataclismo; y, después de un período de congajosa calma, sostenida á fuerza de coerciones desatentadas y de contraproducentes destierros, crujió el edificio todo, hundiéndose con estruendo su techumbre.

Tan mal nos sentíamos todos, que al ver aquella catástrofe se creyó por la mayoría que era un bien; mas cuando pasados los primeros momentos, disipada la polvareda, mitigado el aplauso, acallada la gritería, extinguidos los fuegos de bengala de la impresionabilidad

meridional, pudimos hacernos cargo de la apoteosis que aquello representaba, ofreciéronsenos á la vista, sobre un fondo de hoscas negaciones, el genio de la anarquía y el genio del libre-cambio anunciando al son de sendas bocinas que España se declaraba Estado cínico y Puerto franco.

¡Qué país, por decaído que esté, qué país, aunque se halle en la agonía, soporta, sin erguirse de coraje, tan gran sarcasmo como lo es darle á beber para que sane, una copa del pús manado del mismo mal! Anular la autoridad, aboliendo el orden en lo interior y las fronteras en lo exterior, á la hora de declararse el país en bancarrota por obra de veinte siglos de constante y progresivo *déficit*, de veinte siglos de creciente desnivel entre los ingresos y los gastos, la resignación y los gustos, ¿era acaso cumplir con las exigencias de una quiebra honrada, ó, al menos, con las de la quiebra de una sociedad sabiamente arrepentida? ¿Y cómo había de ser esto así, cuando los que venían á liquidar la quiebra eran parte de la antigua viciada gerencia?

No: no era éste el programa que había de salvar á España; pero ¡cuán cierto es que mientras hay vida hay esperanzas! Al grito de fingido patriotismo que surgió en la costa de occidente, como toque de señal de la Revolución, contestó desde el litoral de levante un verdadero grito de desesperación salvadora. Era el grito «¡Españoles á trabajar! ¡Viva España con orden y fronteras! ¡Enjugemos el déficit de la desidia con los beneficios del trabajo!» Estos gritos eran los primeros vagidos del *Fomento de la Producción Nacional*, que se aprestaba á poner dique á la corriente de veinte siglos de fomento oficial de nuestra natural desidia en espantable desborde. Así nació aquella asociación patriótica, engendrada por la honradez y el desengaño en el seno de la Revolución misma.

He aquí el origen del primitivo *Fomento de la Producción Nacional*; he aquí su significación: siendo esencialísimo añadir, respecto de esto último que, conocido el carácter nacional, así de la revolución como de sus precedentes históricos, necesariamente hubo de ser nacional y no local el espíritu de conservación que bajo el nombre del *Fomento* le salió al paso, y pues tal nació, tal debía subsistir perpetuamente. De ahí que me haya sentido con derecho á proclamar que esta nueva Sociedad, con cuya presidencia me honro, es, más que una mera hija, la continuación por identidad del primitivo *Fomento de la Producción Nacional*; toda vez que á la hora de la excisión, producida por el afán de algunos de hacer servir el prestigio de aquella institución para el logro de ventajas locales y de negocios personales,

nosotros luchamos en defensa y sostén del espíritu que la informaba, y cuando vimos que toda racional lucha era imposible, nos separamos, viniendo á formar el Fomento de la Producción Española.

Ahora, pues, señores, conocido el origen de esta Sociedad que hoy inauguramos, séame lícito analizar su naturaleza y sus fines, para lo cual no hay más que examinar las entrañas del primitivo *Fomento*. Vale esta análisis la pena, tratándose de una institución redentora, tanto más cuanto que, debiendo oponerse á las tendencias de dos mil años, no es de creer que sea una fugaz exhalación, sino una permanente llama de purificación de antiguos vicios.

En el orden moral traía el *Fomento de la Producción Nacional*, como novedad y progreso, una transformación completa de la tendencia proteccionista histórica. No era el *Fomento* la voz del gremio ó de la localidad pidiendo inconsiderada é incesantemente leyes tutoras de sus intereses; no era el niño ineducado, no era el ineducable irracional exigiéndolo todo para sí, con ausencia de todo ajeno respeto: era el buen hermano que reclama del padre actos providenciales en favor de toda la hermandad, aun para aquellos individuos que, ó por natural irreflexión ó por obcecación de momento, pudieran creer que, constituyendo la protección una contrariedad á sus inmediatos gustos, no podía ser en modo alguno el móvil de sus ulteriores medros.

Fué por este concepto el *Fomento* quien dió al proteccionismo su forma realmente cristiana; pues comprendiendo los fundadores de esa Asociación que no es la más genuinamente evangélica aquella vulgarizada máxima de que «la caridad bien entendida empieza por uno mismo», fijáronse en el concepto contrario, á saber: que el interés bien entendido se inspira en la caridad; con lo cual realizaron un doble progreso, pues al avanzar en lo moral, avanzaron en lo económico.

Y en efecto; medítese hondamente sobre la esencia del negocio en general, y se verá que las condiciones que éste necesita para ofrecer la perfección moral, son las mismas que ha menester para adquirir su perfección útil; siendo estas condiciones el provecho de las dos partes contratantes y el del mundo considerado como un tercer interesado nato. En este caso el negocio es perfecto como negocio y perfecto como acto moral; lo primero, porque desarrolla su máximo provecho; lo segundo, porque satisface la regla de caridad.

Ahora bien; siendo más fácil conocer si un negocio nos conviene, que discernir si es bueno en sí, y necesitando para lo segundo indagar si es útil ó ruinoso para los demás, la caridad ha de ser el paso

previo, el obligado preliminar en la concepción de todo propósito económico. Esto lo realizaba el *Fomento* poniendo siempre en la balanza de sus deliberaciones la consideración del bien interprovincial, del bien nacional y hasta de la legitimidad de aspiraciones y deseos de las demás naciones.

Y dígaseme ahora, ¿qué Asociación económica, ni oficial, ni libre, ha precedido por este concepto á aquella cuya continuación representamos? Pues esto era ella en el orden moral y esto es y será el Fomento de la Producción Española.

Por el concepto político era el *Fomento de la Producción Nacional* el crisol de fusión y aleaje de los diversos espíritus provinciales históricos en un solo espíritu nacional.

Dígame lo que se quiera del interés, él ha representado un papel de primer orden en la marcha de los acontecimientos humanos, así en las declaraciones de guerra como en los tratados de paz, y no pocas veces ha constituido el recóndito núcleo de empresas disfrazadas de nobilísimos fines, y siendo esto una verdad histórica, tanto más patente cuanto más y más la análisis ahonda en la intrincada red del pasado, resulta cierto que todo lo que tienda á armonizar los intereses será un gran preliminar para hacer concordar los sentimientos.

Una Asociación, pues, que tiene la alta mira de obtener el fomento de la riqueza de todos y cada uno de los elementos nacionales, es un regazo de paz á cuyo suave calor el frío egoísmo se derrite y la irritable envidia se adormece; es como la gallina clueca, bajo cuya pechuga los inquietos polluelos hallan, con el sosiego, la protección segura, así contra los rigores de la helada, como contra los ardores del sol; es, en fin, un elemento político de primera fuerza, á la vez que un constante «memento» á los gobiernos para que no se distraigan de una gran verdad que á menudo olvidan, y es, que todo acto administrativo que tienda á dar á las relaciones interprovinciales un carácter análogo al de las relaciones internacionales, constituye un ataque, ó al menos un obstáculo, á la unidad nacional. Las provincias no son pequeñas naciones; la diferencia entre lo uno y lo otro no es de grandor sino de esencia: una nación es un individuo político; una provincia es un órgano del sistema individual nacional, y de la misma suerte que por mi cuerpo libremente circula la sangre y la virtud nerviosa se difunde sin sombra de aduanas, ni fieltos, ni derechos diferenciales de bandera (¡desdichado de mí que tales cosas en mis adentros tuviera! porque á ese modo de ser llamamos estar enfermo), asimismo libre, libérrima debe ser la circulación económica y la difusión del espíritu protector en todo el interior de las nacio-

nes. Guárdense las condiciones, los rigores y los tratados para las relaciones internacionales; que no es lo mismo permitir que mi sangre circule con libertad por mis órganos, que consentir en dar entrada en mis venas á ajena sangre sin antes sujetarla á riguroso examen, á cuyo fin Dios me ha dado sentidos y discreción, como á las naciones ha deparado fronteras y espíritu de conservación y gobierno.

¿Hase visto más irritante torpeza que la de exigir al armador de Cádiz que, en llegando á la Habana su buque mercante, sujete el cargamento al fuero extranjero, mientras la tripulación se mantiene bajo el fuero nacional? ¿No es eso ser ó extranjero sin cónsul ó español desafortado?

¿Habré de decir una palabra más sobre tan torpe modo de administrar la unidad y la conservación de las naciones?

Ved, pues, si era importante el papel que el primitivo *Fomento* venía á representar en el orden político: acentuar y madurar la unidad nacional.—Sus huellas seguirá fielmente en tan difícil vía el *Fomento* de la Producción Española.

En el concepto orgánico el papel que vino á representar el *Fomento de la Producción Nacional* era igualmente transcendental y nuevo; pues consistía en hacer las veces de pontificado económico, atento siempre, así á predicar los sanos principios y definir y condenar la herejía de la falsa ciencia, como á resistir por todos los medios legales, no ya al poder temporal, sino á los temporales del Poder, que á lo mejor devastan los campos de la hispana riqueza.

Considerado el antiguo *Fomento de la Producción Nacional* bajo este aspecto, se ve con una claridad irresistible que su natural era esencialmente distinto del de las demás corporaciones de todo linaje, residentes en Barcelona; pues mientras éstas son todas de índole local, y, por lo tanto, de obligada residencia en esta ciudad, ó siquiera en el Principado, aquél, el *Fomento*, por ser de índole nacional, solo accidentalmente tenía fijada aquí su residencia, bien como podía tenerla en Cádiz, en Madrid y hasta en Liverpool ó en Ginebra, sin menoscabo de su naturaleza, ni sombra de contravención á sus fines. Quiero decir que si el *Fomento* nació en Barcelona, fué porque en alguna parte había de nacer, no porque hubiese de reducir sus fines al ámbito de su ciudad nativa.

Y he aquí precisamente, señores, la clave de nuestro proceder en la cuestión de los vapores filipinos, que motivó la irrevocable determinación de separarnos de la primitiva Sociedad, llevando con nosotros en la mano enhiesto el estandarte de su idea y vivo en el corazón el anhelo de mantenerla en su pureza y su pujanza. Tan distinto

era el antiguo *Fomento* de todas las demás corporaciones de Barcelona, que, un mismo individuo, X. (no importa quién), que á la vez fuese regidor y socio de dicho *Fomento*, podía en el seno del Municipio votar la petición de que los vapores saliesen de Barcelona, mientras que en el seno de la segunda Corporación debía votar que saliesen de Cádiz, como punto inicial de un cabotaje de recolección más provechoso al comercio general de España (aunque para mí tengo que más afligianada conducta hubiera guardado quien, en esta alternativa, hubiese optado por dimitir uno de entrambos cargos).

Ahora, si á esto se añade que el mismo *Fomento* pidió la salida de los vapores de Barcelona, poco después de haber pedido la salida de los mismos del puerto de Cádiz, costeando la Península y arrancando de nuestro puerto, y viceversa, fácil será reconocer que el *Fomento de la Producción Nacional* ya no existe; que ha muerto de lo que muere todo ser viviente; de un *ataque de contradicción*, habiendo faltado, además, á su palabra y á pactos y compromisos que no llamaré sagrados, porque yo no acierto á imaginar pactos ni compromisos profanos.

Así, digo y repito que el *Fomento de la Producción Nacional* murió al dejar de ser nacional para degenerar en local, y, en eso de distinguir los muertos de los vivos, no creo que nadie me niegue la competencia.

No insisto más en este punto concreto; si la corriente natural del discurso me lo ha sugerido, el carácter de esta solemnidad refrena su discusión. Volviendo, pues, al tronco de mi tema, diré que, si en el concepto orgánico fué el *Fomento de la Producción Nacional* el centro de la ortodoxia económica, al sostén de esa misma ortodoxia vivirá consagrado su heredero el Fomento de la Producción Española.

Por el concepto social era el *Fomento*, en el orden permanente, lo que los Congresos y las Exposiciones son en el orden transitorio; una provocación efficacísima al trato de las personas, al progreso de las cosas y á la formación de Centros atractivos á él análogos. Con decir que por él todos los productores importantes de España han contraído relaciones de amistad; que en punto á Exposiciones son muchas las que ha celebrado con tanta utilidad como brillo y que, hasta el presente, se han formado en la Península más de veinte Centros análogos, creados á su influjo, quedo relevado por pruebas de hecho de toda prueba de razonamiento.

En este particular, el Fomento de la Producción Española está tan identificado con las tendencias de la Asociación, de quien es conti-

nuadora, que no considera la obra de ésta más que como un primer paso en tan fecunda vía.

En el orden económico era el *Fomento de la Producción Nacional* un atalaya capaz de anunciar con mucha anticipación los peligros que podían poner en compromiso la prosperidad del país.

Quizá se me dirá que siendo la previsión prerrogativa de la ciencia, y no siendo el *Fomento* una Academia, un Claustro, es decir, un templo del saber, mal podía serlo de previsión certera y útil. Mas á esto replicaré que hay en el mundo dos suertes de ciencia, ó mejor, que la ciencia, una en el fondo, puede revestir, sin embargo, dos aspectos muy diversos, el reflexivo y el espontáneo, el formal y el llano, ó, como diríamos, comparándola con los libros que la difunden, una ciencia encuadernada en pasta y otra encuadernada en rústica, sin que la clase de la encuadernación altere la bondad del contenido. Los doctores, los sabios, son los depositarios de la primera; los espíritus superiores que, alejados de las Universidades, se han creado honradamente una fortuna, son los gerentes de la segunda; siendo importantísima y digna de especial examen la diferencia que en la práctica del mundo ofrecen unos y otros; pues mientras en los primeros la riqueza es la excepción, la miseria lo es en los segundos y, bien mirado, sucede en esto lo que debe naturalmente suceder. Ciencia es la experiencia organizada por la razón, y merecerá, por tanto, el dictado de sabio quienquiera que organice su experiencia por tal modo. Ahora bien; el astrónomo, por ejemplo, representa la organización de una parte de la experiencia total, ó sea la organización de la experiencia de las cosas y los hechos del firmamento y, embebido en ella, á pesar de poseer en su ramo un admirable poder de previsión, sale á la calle hecho un necio y un torpe en las demás cosas del mundo, para volver hecho un pobre, porque, como no ve *el todo*, no prevé en él. De ahí que, entre los sabios, pocos sean los ricos y muchos los desgraciados, debiéndose su pobreza y su desgracia, en cuatro quintas partes, á su ignorancia fuera de la especialidad de su saber, mientras que los hombres de la ciencia en *rústica*, los espíritus prácticos, dados, á puro de serlo, no á una particular ciencia, sino al conocimiento del mundo en general, dueños por inclinación y por hábito de todos los cabos sueltos de la experiencia, dueños de una ciencia enciclopédica de la cual son autores, lo preven todo, porque en todo ven claro, y suplen con una pronta y organizadora intuición lo que de método académico les falta.

A esta clase pertenecen los hombres que crearon el primitivo *Fomento* y que hoy fundan el que tengo el honor de presidir. Sin ser

doctores, y con ser además honrados, tienen todos una fortuna y una gloria industrial legitimamente conquistadas, y solo á impulso del más acendrado patriotismo, sintiéronse movidos á aplicar su general y perspicaz intuición á la previsión de los peligros que pueden amenazar la fortuna de todos, ó sea el trabajo nacional. Por esto no son representantes del proteccionismo antiguo, ó, en términos más explícitos, del egoísmo, pidiendo al Estado garantías en favor de la rutina, sino de aquel proteccionismo que reclama del Estado el ejercicio positivo del poder para estimular el progreso, y dada esta actitud, preven más y mejor estos economistas de ciencia intuitiva que los economistas de capirote y borla. Algo habrá de ventajoso en su condición para estos fines, cuando yo mismo, que me precio de conocer un poco los resortes del mundo, me hallo, á pesar de mi condición académica, mucho mejor para velar con acierto por los intereses del país entre este puñado de industriales que en un claustro de doctores.

Y con repetir que estos eminentes y beneméritos industriales son los mismos que fundaron el *Fomento de la Producción Nacional*, dicho sé está lo que harán en el Fomento de la Producción Española.

Era, por último, el *Fomento de la Producción Nacional*, en el orden económico militante, un baluarte contra las demasías librecambistas, prestando con ello á la patria un imponderable servicio.

Lejos de mí el propósito de dar un carácter polémico á esta última parte de mi discurso: en primer lugar, porque tal actitud sería impropia de esta presidencia; en segundo lugar, porque todavía queda en pie cuanto en contra del sistema librecambista dije en 1869 (1) y adoptó por bueno el *Fomento*, y, en tercer lugar, porque habiendo batido á dicha escuela cuando ella estaba entronizada en el poder, no hay para qué le dé tormento segundando mis golpes, ahora que está en desgracia. Mas lo que sí cumple en este momento exponer es el conjunto de altísimas razones, por las cuales el resistir á toda administración de tendencias librecambistas constituye un acto absolutamente meritorio.

Rechazamos el librecambio del Consejo de los Reyes por los mismos motivos que rechazamos la homeopatía de la cabecera de los enfermos; ambos sistemas dicen que administran algo, y ambos á dos son la negación de toda administración, y así del uno como del otro diré, con igual razón, que «si me da lo que debe darme, no lo quiero, porque nada me da, y si me da distinta cosa que lo que debe, lo rechazo, porque en los pasos de confianza es mal principio el engaño».

(1) Obra citada.

Por otra parte, no se concibe contradicción mayor que la que ofrece un librecambista en funciones de Ministro de Hacienda, discutiendo sobre aranceles, una vez demostrado que el sistema del librecambio es la negación de la potestad política, es decir, de la entidad «nación», y por tanto de todo Gobierno y de todo Ministerio; y lo duro del caso está en que ese sistema no tiene lugar apropiado entre los humanos partidos, existan ó no las nacionalidades; porque, si existen, no tiene razón de ser, toda vez que mermando la potestad legislativa del Estado anula la nacionalidad, y si no existen, no tiene razón de ser, ya que librecambio quiere decir cambio libre de nación á nación, y mal puede llamarse libre ni condicional un cambio entre naciones cuya existencia viene negada en el mismo supuesto.

Mas aun prescindiendo del daño que el librecambismo puede hacer en el poder, pues hartó compensado queda con el descrédito que á sí propio se labra, no puede el *Fomento* dejar de combatirle como idea, por ser ésta moralmente mala, y por lo mismo, mala en absoluto. La idea librecambista tiene por mecanismo el derecho individual, por fin inmediato el consumo y por fin remoto el placer, resultando que el fondo de la idea es sensualista.

La escuela discrecionista, ó proteccionista nacional, tiene por mecanismo, el deber social; por fin inmediato, la producción, y por fin remoto, la sanción moral, es decir, que el fondo de la idea representa el espiritualismo económico. El divino precepto no dice, como se suele repetir: *comerás el pan con el sudor de tu rostro*: la palabra de Dios, verdadero arquetipo de lógica y de elocuencia, dice: «*con el sudor de tu rostro comerás el pan*» «*cum sudore vultus tui vesceris panem*», es decir, «antes sudarás que comerás»: «podrá ser que después de sudar no tengas pan que comer; pero obligado te dejó á que antes que comas sudes, y por esto te lo intimo en tal forma que antes te hagas cargo de la pena que de la utilidad.» Así es que entre el sistema que brinda el pan por el placer y el sistema que reconoce el trabajo como un deber, no es posible la concordia, y fácil es presumir cuál de los dos principios llegará á obtener la supremacía. Y para convencernos de que estas consideraciones tienen hondas raíces de verdad, no hay más que considerar cuál de los dos actos, producción y consumo, reviste un carácter más social, más civilizador, más humano. Á la hora de trabajar, hasta los brutos se asocian; á la hora de consumir, hasta los hombres se disgregan, y si por acaso se agrupan es para gozarse á más y mejor en el común consumo. Fijáos, si no, en un teatro atestado de espectadores, en su recinto reunidos para

disfrutar del espectáculo. Allí los artistas son necesarios todos; suprimid á uno de ellos, no puede proseguir la función: ¿por qué? porque aquellos actores están allí con carácter de productores, y por tal concepto tienen repartido el trabajo, de cuyo organizado conjunto resulta el espectáculo: suprimid, en cambio, un espectador, diez, ciento, mil, todos menos uno; no hay para qué suspender el espectáculo: la presencia de aquel solo espectador lo legitima, y ¿por qué? porque la multitud, la reunión, el público no constituía asociación, organismo, sino simple agregado de uno, más uno, más uno, y si muchos fueron necesarios para la *producción* del espectáculo, uno solo bastaba para su *consumo*. Si el consumo tolera la dispersión humana hasta el extremo salvaje, la producción no es posible sino en estado de organización civil. Y, ¿cómo no ha de ser así, señores míos, siendo la Industria, como es, una de las tres formas cardinales del lenguaje racional y, por lo tanto, un elemento integrante de las relaciones humanas, una condición expresa esencial de la sociabilidad? Si este transcendental instinto de vivir asociados tiene por objeto final la obtención del BIEN, y tenemos en la Ciencia un lenguaje para comunicarnos su conocimiento y en el Arte un lenguaje para movernos á buscarle, ¿cómo se conseguiría el fin social sin un tercer lenguaje, no ya de convencimiento, no de persuasión, sino de auxilio, que nos ofrezca los medios de alcanzarle?—¡Lenguaje la Industria!—Sí, y más permanente que el de la Ciencia y más definido que el del Arte. La palabra docente, si bien es clara y definida, nada exterior deja: ruido en el acto, silencio después, y un remanente inmaterial en el entendimiento de quien la escuchaba; helo aquí todo. El Arte deja por lo común su obra permanente; pero vaga en cuanto á la forma de expresión: en el fondo todas las obras artísticas dicen lo mismo «¡Ea, mortal, arriba, ya me ves; no desmayes en la áspera cuesta de la perfección!» he aquí la voz que en eco misterioso nuestro corazón nos refleja al contemplar las obras del Arte. La perla de Rafael, el Apolo de Belvedere, el Duomo de Milán, los horripilantes cuadros de Dante Alighieri, el triunfo de Galatea, el Moisés de Miguel-Angel, todo, todo lo verdaderamenae estético viene á decirnos lo mismo; por manera que la gran virtud del Arte está en la sublime traza con que, bajo el atractivo de una infinita variedad de formas, á cual más bella, logra repetirnos siempre, siempre, siempre la misma frase, renovándonos cada vez el interés, lejos de causarnos hastío.

Pero la Industria es un lenguaje que aduna la precisión de la ciencia y la permanencia de las obras artísticas y, por lo mismo, no tie-

ne rival en la eficacia de sus expresiones. La Industria es una mímica que deja residuos materiales perfectamente inteligibles. Una capa es el resultado exacto de la suma de movimientos empleados por el artífice en su ejecución; movimientos que rigurosamente interpretados quieren decir; «abrigate, hermano, si tienes frío» por esto la capa queda en el mercado repitiendo sin cesar al viandante, de parte del productor, «abrigate, hermano, si tienes frío». Por esto la simple exposición del objeto en venta se llama *oferta*; por esto el que tiene imaginación no puede detenerse en una feria sin percibir, por entre el murmullo de los concurrentes, la algarabía que arman todos los objetos, chicos y grandes, necesarios y de lujo, repitiendo á un tiempo sus respectivos mandatos; por esto la producción tiene aparadores y la demanda no los tiene. El mismo hombre que en funciones de productor cumple con un deber al ofrecer auxilio, no hace más, en funciones de consumidor, que satisfacer una necesidad ó un deseo.

El primer paso, la producción, es un acto relativo y, en consecuencia, social civilizador; el segundo, el consumo, es un acto personal, vital, intransitivo y, por tanto, individual. Y cuando se dijere que puede suponerse al individuo productor para su propio consumo, responderé que la Industria es hija de la imposibilidad en que está el hombre de dar abasto á todas sus necesidades; que ésta es la causa de la división, la variedad y el progreso en el trabajo, mientras que el consumo ha permanecido individual hasta tal punto, que en las necesidades de un solo hombre se funda la variedad de industrias de todo un vasto y floreciente imperio. Yo sé bien que por esta misma causa hay en el fondo de la producción el deseo del consumo; pero también veo que éste no es el único móvil de la producción económica y que por cima de él están la noble vocación industrial y el fondo de caridad en servir y de gloria en el crear que sobrepone la producción al consumo, en orden á la alteza y al carácter social de sus motivos; y, finalmente, no se eche en olvido que si el consumo puede degenerar y ha degenerado en simple goce, en mero egoísmo, y hasta en torpe crápula, imprimiendo carácter á épocas enteras de diversas civilizaciones, es vínculo inalienable del trabajo la virtud; tanto que, si la frase, «labor prima virtus» es universalmente admitida como máxima, á nadie se le ocurrirá jamás proponer que consumir, satisfacerse, ser feliz, sea ni la primera ni la última de las virtudes; podrá el consumo ser una dicha, un bien personal; pero una virtud, un bien de relación, nunca.

Paréceme haber demostrado que el libre-cambio, considerado en

sí, como teoría, aparte su influencia en la pública administración, es mala cosa, pues tiene por raíz el egoísmo, por follaje el consumo y por frutos la fruición sensual, y que, por consiguiente, es de esencia del Fomento de la Producción Española combatirle sin tregua ni descanso, por considerarle contrario, no tanto á la riqueza cuanto á la cultura nacional y, sobre todo, á la honrada liquidación de la bancarrota de la desidia tradicional española; bancarrota representada por la Revolución de septiembre, no cancelada aún y cuyo capítulo de cargos forma la primera parte de este discurso.

He aquí, señores, paladinamente explicados el origen, la naturaleza y los fines de la nueva Sociedad Fomento de la Producción Española, en un todo idénticos á los del primitivo *Fomento de la Producción Nacional*, de quien es continuación. Este murió, como antes dije, de lo que muere todo ser viviente: murió de contradicción. Mas como su destino era altísimo, su razón la historia, su programa la redención del país por el trabajo, y su muerte fué por intoxicación, feneciendo, como es de suponer, lleno de vida y esperanzas; sin refugio en el cielo, porque su espíritu no era espíritu-substancia, y sin posibilidad de morir del todo, porque era espíritu-idea, en nosotros ha quedado encarnado, y por nuestra diligencia y nuestro amor proseguirá cumpliendo su patriótico destino. Lo que en la antigua casa queda, es inútil que se llame lo que continúa llamándose. Al egoísmo, en su afán de apoderarse del *Fomento de la Producción Nacional*, le ha pasado lo que á todos alguna vez en la infancia al lanzarnos sobre una inocente lagartija: lo que le ha quedado entre las manos no es el *Fomento*, es un apéndice de su cuerpo y nada más, y aunque parece que vive, porque se agita, no hay tal, pues no siempre el movimiento arguye vida. Allí quedó el egoísmo en su ilusión, mientras la idea, el cuerpo vivo del antiguo *Fomento*, ha venido á cobijarse en nuestro seno.

Así, pues, cuantos amáis la patria, ayudadnos en nuestra empresa, ya que ella no es, ni personal, ni local, ni provincial, sino española. *Labor ipsa virtus* sea el lema de cada español en su régimen personal. *Charitas ipsa divitia* sea el lema que adopten las provincias en la mutua consideración de sus respectivos intereses, y el lazo que las una en la marcha de su enriquecimiento. Aparte de lo útil que esta actitud había de ser en todo tiempo, hoy es, además de útil, necesaria, indispensable. Días de prueba se acercan para las naciones occidentales de Europa, y, llegado el momento de la lucha, la nacionalidad que no haya trabajado, nada valdrá; la que nada valga, nada podrá, y la que nada pueda, caerá muerta sobre el campo, quizás

para no renacer jamás. Inspirémonos, por tanto, en el ejemplo de la Institución de cuyo espíritu somos depositarios, y con él y por él pongamos incesante diligencia en despertar el amor, el respeto y la protección al trabajo, seguros de contribuir con ello á acrecentar la dignidad, el lustre y el poderio de nuestra madre patria:

HE DICHO.

DISCURSO PRESIDENCIAL DEL ATENEO CATALÁN

EN EL CURSO DE 1869 A 1870

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

I

Tienen las solemnidades periódicas el privilegio de ofrecer en ordenada perspectiva los pasados tiempos, por una serie gradual de términos y grupos que la memoria diseña, el sentimiento entona y la razón alumbrá con sin igual maestría. Fiestas como la de hoy despliegan á nuestra vista ese gran lienzo histórico, siempre creciente, siempre majestuoso y triste; *creciente*, porque, si bien se reflexiona, el pasado nos va absorbiendo día por día, hora por hora, instante por instante, transformándonos sin cesar de espectadores en asunto de su propio cuadro; *majestuoso y triste*, porque, en la contemplación de lo que fué, no hay reminiscencia, por fútil que sea, que no adquiera grandor, ni placer que con ser recordado no se trueque en tristura. De ese misterioso lienzo forma el presente el marco progresivo, la única línea divisoria entre lo que fué y lo que será, entre estos dos tiempos de la vida que, presurosa, corre al abismo común de los hechos consumados.

Solo por esta identidad de los tiempos se explica la chocante contradicción, en virtud de la cual, en tanto que el horror á vernos absorbidos por el pasado nos impele al porvenir, al irnos á lanzar al porvenir, nuestra primera mirada, nuestro primer suspiro, es al pasado.

Y si no, ¿á qué venimos aquí?—A inaugurar un año nuevo.—¿Qué nos impulsa? ¿Cuál es nuestra *velocidad adquirida*?—Una historia de nueve años;—y ¿cuál ha sido, al entrar en este recinto, el primer movimiento de nuestro ánimo?—Una vaga al par que triste recordación de las demás fiestas ánuas que aquí se han celebrado.—Todos los antiguos socios de este Ateneo, todos sin excepción, hemos pagado á nuestra historia este delicado tributo....., y natural era que sucediese así, porque si es cierto que la dificultad de reproducción acrecienta el valor de las cosas, todos debemos de estimar en mucho aquellas fiestas inaugurales, aquellas animadas sesiones, aquellas artísticas veladas, aquellas cosas, en fin, que ya pasaron, y cuyo troquel el tiempo ha roto con implacable mano.

¡Ah, señores! ¡No hay en nuestra naturaleza actividad más positiva en sus miras que la imaginación, que tan vana parece, ni entraña más cautelosa que el corazón, que de tan atolordrado goza fama!—¡Gracias á entrambos, si entre lo indefinido y vago del porvenir, y lo definido y positivo de nuestra historia, que día tras día se va incrustando en nuestro ser, dedicamos á ésta el más entrañable suspiro que puede exhalar humano pecho, y las más exquisitas lágrimas que humanos ojos pueden derramar.

Amante del porvenir como el que más, por ímpetu de carácter, por hábitos de examen, por sed de perfección, contemplo, sin embargo, á los detractores *sistemáticos* del *elemento histórico* como pobres de espíritu, medrosos de su propia sombra, medrosos por debilidad de sentido lógico, porque al fin y al cabo el Universo mundo, al través de los tiempos, tiene toda la fuerza de un silogismo en acción: él arroja el porvenir del seno de la historia, como las premisas derraman del suyo la consecuencia. No hay, pues, para qué disfrazar de odio el amor, ni de ferocidad la cobardía: confesemos ingenuamente que nuestra historia ocupa un lugar legítimo en nuestros corazones, y, reconociendo que en ella está el *pie de atrás* del paso que hoy ejecutamos, examinemos con serenidad, cual corresponde á espíritus levantados y viriles, si nuestra marcha es segura, si es laudable.

Á la vista tenemos el cuadro de las solemnidades que simbolizan el pasado del Ateneo Catalán.

En primer término, junto á nosotros, á un año de distancia solamente, se destaca la imagen de nuestro simpático cuanto respetable Francisco Barret, pronunciando su oración inaugural, con toda la eficacia del hombre que auna en su persona la sabiduría de la edad proveya, el impulso de la juventud y la ingenuidad de la adolescencia. Entre el cortejo de hombres esclarecidos que por aquel tiempo

enaltecieron al Ateneo Catalán, vemos á Zorrilla, á Mistral y á Ros-si: tres figuras que son gloria de tres distintas naciones.

Á un año más de distancia se dibuja, con proporcionada intensidad, la persona de Manuel Durán y Bas, siempre animada y serena, excitándonos á perseverar en el trabajo y el progreso, con aquella su ilustración siempre oportuna, aquella su pasión siempre sensata, y aquel su espíritu de polémica, siempre subordinado y discreto. Cerró su inaugural un año de fuertes y transcendentales controversias, cuyos resultados llamaron la atención en España y aun fuera de ella: año fecundo igualmente en sesiones consagradas al cultivo de la poesía y de las artes bellas.

Un año más allá se aparece nuestro llorado Juan Agell, con su genio analítico, su perspicuo sentido práctico, su carácter tan inflexible en el fondo cuanto dulce y llano en las formas: verdadero símbolo viviente de la autoridad y el amor, hermanados en una paternidad siempre dispuesta al bien de todos. Entre nosotros le tuvimos exhortándonos en Diciembre del 66; al final de un período invertido en trabajos utilísimos de aplicación inmediata, entre los que descolló uno que en día no lejano llamará la atención del mundo médico.

Otro año más lejos, y algo entrevelado por el espesor del ambiente—que también tiene el tiempo su perspectiva aérea,—se diseña la figura de un hombre, en quien el Ateneo reconoce y aplaude aquella suma de prendas, cuyo medro y generalización constituye, precisamente, el fin de este Instituto. La actividad intelectual y la industrial, enlazadas y fortalecidas por un carácter dotado de vigor, emulación y modestia; he aquí los títulos con que Ferrer y Vidal se presentó á recomendarnos aquella fe en el trabajo y el progreso, de que él mismo vive poseído, y á cerrar el ejercicio de un año de grande animación en las cátedras y de los más provechosos para el país.

Y siguiendo la serie de las solemnidades ánuas, cuyo recuerdo la fatal ley de proyección debilita, pero que nuestra alma estima en su valor real, recordamos aquella sesión de apertura en que el renombrado jurisconsulto Pablo Valls, resumiendo el espíritu de un período de útiles y amenas discusiones, nos alentaba en el cumplimiento de nuestros nobles fines, echando mano de la influencia, la erudición y la robustez de juicio que constituyen sus prendas características.

Y en el siguiente término, comparece á la cabeza de este Ateneo, imprimiéndole eficaz impulso, Ramón Ferrer y Garcés; hombre que por la ancha base de conocimientos que debe á su perseverante voluntad, y la riqueza de facultades de fondo y forma que debe á la

Providencia, dió esplendor á esta Corporación, y á la Medicina, que se contemplaba representada aquí por uno de sus hijos predilectos.

Y otro tanto más atrás, al finir un período brillantísimo en cátedras, discusiones y trabajos literarios de toda especie, vemos á Ramón Anglasell pronunciando su última oración, escrita con pluma de oro y propósitos de ángel, poco antes de irse á gozar una vida más adecuada á su naturaleza.

Y más lejos divisamos á Pablo Milá, cerrando un año de notable grandeza para el Ateneo y de inestimable utilidad para el país: bien como era de esperar de la influencia de un hombre cuya valiosa autoridad artística, cuya actividad y eficacia para toda organización del bien, y cuyo acendrado patriotismo le constituían en fuerte palanca para imprimir á este Ateneo, naciente entonces, el impulso decisivo.

Y en el último fondo del cuadro, allí donde ya la neblina del bajo horizonte apenas permite entrever la cuna del Ateneo....., allí mismo—¡lamentable contraste!—crecen cuatro cipreses..... El funcionario público que á nombre del poder constituido sacó de pila á este Cuerpo..... ¡murió!—Permanyer..... el ilustre Permanyer, el primer socio cuya voz resonó entre nosotros..... ¡murió!—Anglasell, el autor del Discurso de instalación..... ¡murió!—Agell, nuestro primer Presidente ordinario..... ¡murió.....!

No en balde al comenzar dije que ofrece siempre el pasado su fondo melancólico: y es que la existencia real entremezcla y entrecruza de tal suerte los acontecimientos, que no hay trama de placer que no contenga urdimbre de dolores, ni etapa de la vida que no recuerde cosas de la muerte. La verdad es, que la memoria del hombre que tiene corazón, y el corazón del hombre que tiene memoria, son como ciertas desdichadas familias, á quienes nunca es dado quitarse el luto de encima.

Henos aquí á nosotros: he aquí al Ateneo en masa contemplando con varonil resignación la tumba de sus más caracterizados fundadores, cual río que, en su majestuoso y tranquilo descenso, contempla desde la altura cómo sus aguas más avanzadas se sumen ya en los fondos del mar inmenso.

Para hombres de espíritu blando y corazón estrecho, este espectáculo fuera motivo de hondo desaliento; mas para nosotros, no. Todos sabemos que la tumba de los hombres ilustres no exhala frío mortal, sino un hálito ardiente que infunde bríos; un fuego que nos repele, lanzándonos otra vez al mundo con mayor fe y mayor entusiasmo. La tumba de los hombres ilustres ha sido en todo tiempo el

punto de cita de las almas nobles y el altar de los grandes juramentos, ora inspirados por el amor, ora por la libertad, ora por la patria, ora por el progreso..... siempre por algún móvil de vida y de redención..... De la tumba de los hombres fuertes parece salir una voz que en claro acento nos dice: «No os acerquéis con desaliento; no ha dado la hora aún: venid, sí, pero venid con ánimo; venid á tomar consejo para volveros luego al punto, con nueva vitalidad, á cumplir en el mundo vuestro deber.....:» bien así como las aguas dulces, sumidas en el mar, gritan á su manera á las que de las cumbres van viniendo:—«no os despeñéis; no toméis por el atajo, desalentadas con nuestro triste fin: bajad las cumbres; descended al valle; serpead por los campos, los prados y las huertas, para que al concluir esta grata agonía del ordenado descenso, que es vuestra vida, hayáis podido servir para poblar de bosques las cumbres, de mieses los campos y de toda verdura los prados, las huertas y hasta las yermas playas, cabe la tumba misma que el mar os abrirá.....: descended así; que solo en el entusiasmo hay vida.....: desalentarse es morir.»

He aquí como siendo la voz de las tumbas la gran consejera de los que anhelan ejercitar la plenitud del deber, no será para nosotros paso perdido habernos acercado á la de nuestros compañeros fundadores, á fin de recordar su testamento, que es nuestra vida, nuestra esperanza.—«No olvidéis, nos repiten, que la misión del Ateneo es reunir los elementos del bien que en nuestra sociedad vagan dispersos, para aunarlos y dirigirlos desinteresadamente á un común aprovechamiento.»—Esto nos dijeron los fundadores, la noche de la instalación de esta Sociedad; esto nos repite hoy el eco vivo de su grata memoria.

II

Y bien; llamándonos todos á residencia, con la entereza propia de quien puede haber cometido error, mas no culpa, veamos si hemos cumplido hasta hoy aquel delicado mandato. Y pues en materia de conducta, solo las obras constituyen prueba, verifiquemos un examen concreto de las nuestras, descendiendo para ello, y por breves instantes, á la tranquila llanura donde los hechos vegetan.

El primer dato que á esta respetable Asamblea puedo presentar, es sobremanera elocuente: el Ateneo Catalán lleva destinados en estos años á los tres ramos juntos de instrucción, fomento y auxilios, más de 32.000 escudos. Los premios ofrecidos en concurso importan cerca de 8.000; el material de instrucción pasa de 23.000, siendo de no-

tar que, aparte del fondo de biblioteca, que contiene más de dos mil volúmenes selectos, años ha habido en que los gabinetes de *lectura de actualidad* han devorado la cantidad de 2.000 y hasta de 2.100 escudos.

El resto de la suma total se ha empleado en cincuenta donativos, destinados, unos á socorrer la indigencia, otros á alentar al ingenio en alguna útil empresa.

En punto á enseñanza, resulta haber ocupado la cátedra 44 socios, y de todos ellos debe decirse que, al honrarla con su trabajo, han venido á desenvolver y dilucidar puntos de interés y de aplicación inmediata, ya á la dirección de la opinión, en cuestiones graves del orden filosófico, ya al fomento de la riqueza pública, en bien de la producción positiva.

Si numerosas y útiles han sido las cátedras, útiles y numerosas asimismo han sido las discusiones, pues las actas de este Ateneo arrojan hasta 48, memorables muchas de ellas por lo reñidas, y reflejo todas de alguna necesidad social bien sentida y de actualidad muy acentuada.

Por lo que dice á las obras premiadas en solemne concurso, solo llegan á 14, siquiera los certámenes abiertos hayan sido 19. Esto demuestra que hasta ahora el Ateneo Catalán le lleva la delantera al país, lejos de irle á la zaga; de lo cual esta Sociedad podría congratularse si no le amase con tantas veras. En medio de todo, las obras premiadas lo han sido en número respetable, y en cuanto á su calidad, pertenecen á diversos ramos del humano saber, y son, muchas de ellas, de un mérito extraordinario. Sirvan de ejemplo la clásica monografía de la fiebre amarilla, que en breve saldrá á luz en la Habana; la conocida Memoria acerca del crédito territorial; la excelente sinfonía premiada en 66, y estrenada en uno de nuestros primeros coliseos, y otras diversas del público dominio.

Hanse dado, además, á la estampa varios discursos pronunciados en este Ateneo, y algunos dictámenes de gran doctrina; y más aún, mucho más, hubiesen producido las prensas, por causa de esta Sociedad, sin el prudente veto de los socios cuidadores de su modesta hacienda.

Y finalmente; á menudo se han improvisado en este recinto veladas poéticas, conciertos clásicos, exposiciones pictóricas y demás ejercicios conducentes al desarrollo del sentimiento artístico; bien persuadidos todos de que la poesía y las nobles artes no se cultivan en teoría, sino que el sentimiento de lo bello, como el de lo bueno, vive de las prácticas y medra por los ejemplos.